

EL PUNTO DE CONGELACIÓN DEL YO. EL MERCADO DESATADO DESTRUYE LA EMPATÍA

The Freezing Point of the Self. The Unhibited Market Destroys Empathy

GÖTZ EISENBERG*

goetz_eisenberg@web.de

Si uno no ha perdido por completo toda sensibilidad, un paseo por la ciudad antes de Navidad puede meterle el miedo en el cuerpo. Como si las bombas que nos anuncian el terror ya hubieran estallado. Puros zombis. Que nadie intente arrancarles las máscaras, son sus rostros. Máscaras que se confunden con su carne. Es bueno que la vida no sea muy distinta de la muerte, de modo que se pueda olvidar tanto una como otra y sea posible soportarlo.

Por todas partes se topa uno con alguien hablando por teléfono o escribiendo un mensaje con sus pulgares de SMS. En uno de cada tres automóviles el conductor habla por teléfono. ¿Cómo han podido los seres humanos hasta hace no mucho tiempo recorrer las calles solos y sin que nadie les vigilara? ¿Cómo han podido percibir el entorno con sus propios sentidos y ensimismarse en silencio con el pensamiento al que les estimulaba el bullicio urbano? ¿Acaso ya no pueden soportar la experiencia de estar separados y solos? ¿Han olvidado la capacidad de no ceder inmediatamente a los impulsos y de aplazar sus necesidades? ¿Y qué ha sido del sentimiento de vergüenza que hasta hace no mucho tiempo les impedía divulgar cosas íntimas en público o ante los oídos de extraños?

Una mujer joven entra en el banco. Pocos metros detrás de ella un anciano que anda apoyado en su bastón se acerca a la puerta. La mujer no se vuelve y en consecuencia no le sostiene la puerta. Quisiera advertirla de su descuido y de su descortesía, pero lo dejó estar. No tiene sentido, ya no hay nada en lo que hubiera podido apoyarme para ello.

Delante de una librería una madre pega a su hijo de unos tres años de tal modo que cae al suelo. Aunque sabía lo que pasaría fui hacia la mujer y le pedí que parara. Ella apeló a su propiedad sobre el niño: "Es mi hijo y lo que haga con él a usted no le incumbe". Y añadió que el niño tenía la culpa, que sabía perfectamente lo que le esperaba si se ponía insolente. Entonces respondí desamparado que desde hace diez años la violencia contra los niños es un delito, y no una mera cuestión de gusto. Pero todo fue inútil. Me volví resignado. La pregunta de Nietzsche: "¿qué niño no ha tenido buenas razones para llorar por sus padres?" no ha perdido un ápice de legitimidad y de actualidad.

* Sociólogo y ensayista alemán. Trabaja como psicólogo en la prisión de Butzbach.

Está delineándose un nuevo modelo de infancia basado en una alteración sistemática de los procesos de intercambio entre madre e hijo. Parecen dominar circunstancias que implican que el sustento psico-emocional del niño sea cada vez más insuficiente. La distancia sensible y emocional entre padres e hijos aumenta a gran velocidad.

Habría que enumerar numerosos factores que bloquean, o incluso impiden, el contacto inmediato del niño con la realidad emocional. Es por ejemplo muy distinto si a un niño le cuenta historias su abuela, una persona de carne y hueso, o si las historias son presentadas por la pantalla de televisión, y por tanto por personas que no son en modo alguno reales. ¿Dónde pueden verse aún madres hablando con sus niños pequeños? ¿Para qué hablar con ellos, si no la pueden entender? Mejor telefonar con una amiga o escuchar música con los auriculares mientras empuja ante sí al niño en el cochecito. ¿Dónde hay aún padres que se pongan en cuclillas y miren a sus hijos desde su misma altura para mostrarles algo con paciencia, o para llamar por su nombre a las cosas que se encuentran por el camino? ¿O que se sienten con su hijo a la orilla de un estanque para escuchar el graznar de los patos y el croar de las ranas? Los niños pequeños ven y experimentan el mundo a través de los ojos de los adultos. Y se reflejan en su brillo afectuoso, en el que su Yo encuentra calor en su proceso de crecimiento. Pero también puede enfriarse cuando los mismos ojos se ocultan tras gafas oscuras o miran apáticos e indiferentes. Los niños de hoy se desgañitan como si quisieran arrancarse el alma del cuerpo de pura soledad y falta de vínculos. Están rodeados por un vacío sin puntos de contacto y sienten un miedo sin fondo. Ya en la guardería hay niños que llaman la atención por una agresividad sin objeto definido. Cuando se advierte a las madres al respecto, éstas interpretan la peculiaridad del comportamiento de sus retoños como un signo de sus futuras aptitudes de liderazgo: "Es un animal alfa". El comportamiento propio del darwinismo social se ejercita desde muy pronto y el que quiere llegar a posiciones de mando quiere y debe entrenar sus codos. Cuando los padres acogen las tendencias antisociales de sus hijos como algo positivo e incluso las incentivan con sus elogios, no se puede pensar en el futuro sin sentir un profundo malestar.

La carrera de ratas comienza ya al nacer, quizá incluso antes. Hay mujeres que, ya desde antes de que nazcan, sonorizan a sus niños con sinfonías de Beethoven. Hace no mucho me encontré en el jardín botánico con una conocida que llevaba a su hijo en el cochecito. Ante el rostro del niño zumbaba un móvil. Cuando la pregunté por qué el niño no podía contemplar simplemente el rostro de su madre, las nubes y los árboles, la joven madre, indignada, me replicó: "¡El móvil estimula la formación de sus sinapsis!".

Se acabó el juego infantil sin finalidad, la formación de las sinapsis y la adquisición temprana de "cualidades de liderazgo empresarial" están ahora a la orden del día. La competencia no duerme: otros niños en edad de guardería ya han absorbido palabras en inglés y en chino, y de este modo han "enlazado sus sinapsis de modo óptimo". Atención, padres: la franja de tiempo para aprender un idioma se cierra pronto. Con siete años la facultad

de asimilación comienza a disminuir, con once se termina la capacidad de aprender sin esfuerzo una lengua extranjera. El hijo del vecino, ¿no pone a punto su capacidad de concentración con "Flashcards"? Ya lo dicen los libros: "toda la vida hay que estar un paso por delante". El amor materno y una atmósfera de confianza no están ahí como un fin en sí mismo, sino que ayudan a que se constituya una estructura neuronal funcional y eficiente. El amor materno se pone al servicio de la razón instrumental y se le adscribe su finalidad en la sociedad basada en el rendimiento: "El amor materno produce capital humano", escuché hace poco en la reseña de un libro. La madre, como manager familiar, produce mediante su trabajo familiar patrimonio humano. Estimula la producción de dopamina y, de este modo, la constitución de autopistas neuronales. El horario de los niños debe estructurarse como el día de un manager: para eso debe prepararse a los niños. Se sugiere a los padres que de ellos depende si su hijo pasará a formar parte de los ganadores con éxito o si se hundirá en la mediocridad. ¡Qué tiempos aquellos, cuando pasábamos las tardes construyendo presas en los arroyos y jugábamos al fútbol en el prado durante horas! Los niños de hoy tienen citas como los adultos, y la mitad del día sus padres les llevan de acá para allá en el coche. Todo está sujeto a normas y controles. Apenas quedan resquicios en los que los niños puedan desaparecer.

Los años glaciales que hemos dejado atrás han hecho a las personas frías, y éstas no pueden hacer otra cosa que transmitir esta frialdad y emitirla en su entorno. Al igual que los erizos muertos de frío en la fábula de Schopenhauer, las partículas elementales contemporáneas se acercan unas a otras y se hacen daño hasta que finalmente desisten y se hielan como mónadas sin contacto entre sí. En la sociedad del mercado desatado, el estado psicológico-social contemporáneo cultiva como un invernadero la crueldad y la fría indiferencia y convierte la vida social en un paisaje glaciar. Hay situaciones meteorológicas sociales que, en consonancia con el clima de la vida pública, hacen que se desarrolle la frialdad y la violencia.

En ese sentido habría que pensar, no sólo en la tendencia mundial al regreso a la cruda violencia para resolver conflictos políticos y sociales, que puede observarse en las muchas guerras contemporáneas, sino sobre todo en el allanamiento y el saqueo del estado social que se está produciendo bajo el signo del neoliberalismo. Del mismo modo que las conferencias de la Haya y la convención de Ginebra intentaron imponer reglas y límites para la guerra entre las naciones, el estado social intentaba contener el *bellum omnia contra omnes* en el seno de la sociedad. Imponía limitaciones y formulaba reglas que suavizaban las peores consecuencias del principio del capital y del mercado y que debían paliar la situación de quienes se veían afectados por ellas. En las pocas fases en las que el estado social no sólo fue propagado, sino también llevado a la práctica y experimentado, fomentó virtudes como el sentido del deber y la conciencia de la responsabilidad, la ayuda mutua y la solidaridad. Por el contrario, su desmantelamiento y su allanamiento favorecen tendencias a la

agresión, a la hostilidad y a la indiferencia mutua que están ancladas en la estructura básica de la sociedad capitalista. Se obliga a los individuos a gastar sus energías psíquicas y cognitivas en la lucha por su existencia, su estatus y sus privilegios privados, y se les fuerza a vivir en un universo de permanente defensa y agresión.

Visto de este modo, las sociedades del mercado desatado son gigantescas máquinas de brutalización. Existe una notable diferencia entre crecer y vivir en una sociedad en la que se ayuda a los débiles y a los menos productivos o en una en la que se les abandona a la miseria y se les convierte en objeto de burla y escarnio en tanto que "perdedores". La inhibición de la agresión y la destructividad, y facultades como la empatía con otros, que fueron adquiridas en condiciones biográficas favorables, necesitan de un constante apoyo externo, porque de lo contrario se atrofian y finalmente se marchitan. Las cualidades y actitudes que permiten a uno imponerse en la competencia, la fría falta de escrúpulos y miramientos, la agilidad, una cierta astucia, etc., sustituyen a las que las obstaculizan —precisamente aquellas que hasta hace poco eran consideradas las verdaderamente humanas. En estas condiciones, el otro, el prójimo, se convierte en competidor hostil, en sobrante, finalmente en un antihombre al que se le niega todo apoyo y toda empatía. Uno se acostumbra al hecho de que la fortuna de unos coexiste con el sufrimiento de los otros: fortuna es cuando la flecha le da al de al lado.

Según Peter Brückner, no sólo las relaciones sociales en una sociedad integrada a través del mercado, sino también la educación y la socialización tienen su núcleo oculto en la permanente amenaza de guerra. La "cultura del odio" que prolifera a la sombra del neoliberalismo incita a la violencia a salir de su estado de latencia y manifestarse. Su amenaza pesa sobre los niños, los sin techo, sobre todos aquellos que son débiles y llaman la atención sin contar con protección.

Con la empatía ocurre como con las vitaminas: su importancia y su función solo salta a la vista cuando su disminución provoca síntomas de enfermedad. En realidad, cuando una sociedad comienza a discutir intensamente sobre conceptos como valores, empatía o compasión ya es demasiado tarde. Son conceptos para hacer remiendos que remiten a un estado de carencia y de crisis. Cuando la frialdad que está vigente en las estructuras sociales ha penetrado hasta en los poros de la vida cotidiana y en los mundos íntimos de los sujetos amenaza con congelar y destruir la capacidad de empatía, la sensibilidad y la capacidad de amar. Se puede impartir tanto training de empatía y tantas clases de ética como se quiera, pero, una vez que han desaparecido, estas facultades parecen irremisiblemente perdidas. Frente a lo que hoy supone la demencia de que todo es factible mediante la intervención socio y psicotécnica, lo que la dinámica cínica del dinero pulveriza en las cualidades y virtudes humanas no puede producirse sintéticamente como si fuera caucho.

Traducción del alemán: Jordi Maiso